

ALEGRIA Y JOVIALIDAD

La opinion

P. Miguel Selga S. J. Octubre 19, 1951

Los libros espirituales castellanos parecen reflejar la nitidez, pureza y alegría del firmamento, bajo cuya bóveda los escribieron sus autores. Si libros hay en el mundo que respiren profunda y sana alegría del vivir, son cabalmente los de aquellos autores españoles, que vivieron el júbilo ideal cristiano, saborearon a la posteridad obras rebosantes de luz, optimismo y franca alegría. Entre los millares de escritos españoles, compuestos en el más intenso clima de gozo espiritual, sobresalen los de la doctora mística, cuya "alegría de carácter en ningún otro santo se halla igual, ni en equilibrio, ni en intensidad, ni en gracia sonriente, ni en constancia imperturbable." Su alegría fluía sin intermitencias a su semblante, a sus labios, a aquellos ojos que "en riéndose, todos se reían." No obstante su extraordinaria entereza, austeridad y rigidez consigo misma, nada había en su persona de encopetado, nada uraño ni desabrido; todo rebo-saba candor, naturalidad y alegría infantil. Sus frecuentes visiones celestiales la hacían caminar de continuo por regiones de goces suprasensibles y de inefable alegría, que jamás el mundo pudiera imaginar. Donde ella estaba, no se sabía de penas, ni de murmuraciones, dice su más documentado biógrafo: la palabra *aburrimiento* no tenía que ver en su casa.

Por declaración de sus contemporáneos sabemos que no era amiga de gente triste, ni quería lo fuesen quienes iban en su compañía en los viajes de sus fundaciones. Dios me libre, les decía, de gente encapotada: sacaba plática de Dios por los caminos, de suerte que los que suelen ir jurando y travesando gustaban más de oírlo que todos los placeres del mundo. Según un testimonio fidedigno, aunque Teresa estuviese hablando tres o cuatro horas, tenía tan suave conversación, tan altas palabras y la boca tan lle-

na de alegría que nunca cansaba y no había se pudiese despedir de ella. "tristezas y melancolías," era su dicho, "no las quiero por mi casa." Sabía muy bien por experiencia los graves daños que el descontento y tristeza acarrearán. Una neurasténica, como diría ella ahora, hasta para traer inquieto un monasterio. A una monja descontenta temía más que a muchos demonios. Según los consejos de la santa, la vida de las religiosas, sin perder la oración y austeridad del claustro, debía desenvolverse en intensa atmósfera da alegría. Complaciase en que la religiosa Isabelita de Toledo, la alegría personificada, dejara la labor y comenzara a cantar, en entrando la fundadora en recreo. En San José de Avila se ven hoy los instrumentos que ciertos días, especialmente en los navideños, solían tocar acompañando poesías y devotos cánticos, compuestos de ordinario por la madre fundadora, "La siempre alegre repiqueteadora del pandero, el tamboril y castañuelas."

Teresa es como mística abeja, que de todo forma panal de celestial dulzura. Cuando le dicen los males que de ella se propalan, no se entristece, antes al contrario, frega una palma con otra, en señal de alegría, como a quien le había acontecido algún sabroso suceso. Con una alegría de angel, que a todas sus religiosas edifica, sobre-lleva graves dolores y enfermedades, que "trabajos," decía en su humorismo, "son para mí salud y medicina."

Impregnadas están del más jovial humorismo las páginas del libro de las *fundaciones*, especie de diario de las caminatas de la santa, por la meseta castellana, las llanuras de la Mancha y las feraces tierras del valle del Guadalquivir. Cuando se hojean estos capítulos, parece que instintivamente se sienten deseos de haber tomado parte en aquella abigarrada caravana de clérigos y carreteros, monjas y religiosos,

mozos de mulas, hidalgos de gote-ra y caballeros de capa y espada, con la santa en medio, animándolo todo y sazonzando los más duros paros de viaje con ocurrencias y sales chistosísimas, de que su ingenio dispuso con maravillosa fertilidad. Cuando menos se piensa, un incidente, un caso chusco, relatado con rapidez y concisión crónica interrumpe la narración general, y el lector se interesa con la santa, ríe con ella y como ella se llena de simpática indulgencia con los que a veces la mortificaban. El paso del Guadalquivir, la entrada del puente de Córdoba, rompiendo los carros donde venían las monjas: la escena lúgubre de la noche de difuntos, en Salamanca, en una casona abierta a todos los vientos y a todas las bromas pesadas de estudiantes malcontentos; los posibles despeñamientos por precipios, cuando de noche se descaminaban en parajes desconocidos; las zambras que armaban arrieros, soldados y posaderos en los mesones descampados, que terminaban en riñas, pendencias y cuchilladas y que otra pluma hubiera pintado con tintas sombrías y condenado con acentos catonianos, salen de la pluma de Teresa con alegre naturalidad y sencillez, nada recargadas de tintas negras, más bien embellecidas con algún rasgo caricaturesco, de suerte que lo que parecía tragedia termina para la santa en comedia alegre, que deja buen sabor en el ánimo del lector. Ni por descuido deja caer la madre en estos relatos una gota de amargor. Ni falta un tinte de jovialidad en las descripciones de los penitentes, tísimos frailes del *socorro*, cantando el te deum "con las voces muy mortificadas;" o de las beatas de Villanueva de la Jara que en el rezo del breviario, con lo poco que sabían leer, "pocas verdades debían decir;" o del P. Antonio que va al desierto de Duerlo, en el que apenas tendría donde dormir, solo de relojes proveído, que llevaba cinco, para te-